

El nombramiento de un socialista militante en el puesto de gobernador general de la Indo-China, es un acontecimiento de la mayor importancia para Francia desde el punto de vista político: significa la entrada del socialismo en las funciones públicas.

Con este nombramiento, los poderes públicos se comprometen una vez más y, de rechazo, el partido Socialista, a pesar de su hipócrita actitud, queda empequeñecido. El «jauresismo» continúa, por consiguiente, haciendo estragos en el partido Socialista.

«Del Congreso de Marsella, que, en Octubre de 1879, votó la lucha de clases, la expropiación de los instrumentos de producción» fórmula a la cual se aferró Lenin restan muy pocos adeptos.

Por lo tanto, una de dos, o bien el partido Socialista basado en el Congreso de Marsella existe aún, y en ese caso, no podría aspirar a las funciones públicas y a las suculentas sinecuras... capitalistas, o, al contrario, el socialismo no existe más que en... los comunistas.

Nada más erróneo que creer que todos los medios son buenos y que todos, diestramente empleados, pueden llevar al deseado fin. Unicamente son buenos los medios que responden al objeto. No se aceptan condecoraciones con la intención de probar la futilidad de una mansión; nadie se eleva a condistintiva; nadie se eleva a condistintiva; nadie se eleva a condistintiva para demostrar la necesidad de suprimir los títulos nobiliarios de suprimir los títulos nobiliarios mismo modo que no se hace nada rey o emperador para fundar una república.

Los únicos socialistas lógicos los comunistas: allí el enemigo franco y se presenta a cara descubierta; se le puede combatir.

«Pero, ¿cuál actitud adoptar el partido Socialista francés «sueña como socialista y vive, buen burgués, de los esplendores pitahistas»?

De ese partido procede el ciudadano Varenne, aceptante de la plérida función de gobernador general de la Indo-China, especívirreinato entrevistado a través de cuentas de «Las mil y una nociones». Evidentemente, el partido Socialista...

LA RAZON — SUPLEMENTO

sus bolsos. En el sobre que se entregó al protegido del señor De Merfenil iban más de 3.000 francos.

—«Espera en la cocina»—dijo la doncella. Le hicieron pasar al salón. Las señoras le contemplaron con lástima. El estaba pálido y tembloroso.

—«Le dirá usted al señor De Merfenil...»

—«Sí, señora, sí; muchas gracias». El señor De Merfenil volvió a su cuchitril; tenía bastante dinero para vivir tranquilo durante algún tiempo. Le daba vergüenza de él; pero, sin embargo, no estaba seguro de volver a repetir la suerte si la ocasión se presentaba.

G. P.

De RAMON GOMEZ DE LA SERNA

LATIDOS DEL HUMORISTA

Para LA RAZON

«Todo es en la habitación hereditario que no nos quiere. Sólo ese pisa-papeles nos tiene afecto y por eso es nuestro favorito» — pensaba él.

—::—

«¿En qué día tan claro se levantan esas casitas de los azucareros y las porcelanas! Es un día optimista siempre en el plato y en la jarra» — pensaba también.

—::—

«Le gustaba como un tapón sigiloso tomaba cauta vida deslizante».

—::—

«Entre suela y suelo de los zapatos — conviene decir siempre zapatos, aunque sean botas — va la carta de nuestro destino» — se decía al caminar.

—::—

«Me avergüenza ir a que me pongan contera nueva, porque ese ruido que se espera que la remachen es como si nos estuviesen herrando» — se decía al ver su bastón con su tacón de cómico sin contrata.

—::—

«Lo que más deprecia la mañana es que salgan a la calle esas mujeres con los papillotes puestos... ¿Qué otra consideración no mereciera la tarde cuando jamás ha visto pasar una mujer con papillotes!» — se de-

cia para disculparse de levantarse tan tarde.

—::—

«En que se parece...? — comenzaba a decir el chistoso, y al humorista se le llevaban los demonios — El humorismo es mucho más discreto y consiste en encontrar el humor silencioso de las cosas, el humorismo que tiene una botella con el tapón ladeado.

—::—

Al acostarse tenía pensamientos desveladores como este:

«La mesilla de noche tiene algo de mesita de prestidigitador. ¡La de cosas que cree uno que hay guardadas en un cajoncito y la de cosas que se sacan de él a cada momento!

«Lo único que no cabe en esa prestidigitación es hacer desaparecer el despertador dentro, con todas las cucarachas de sus números y su tic-tac y su tener que ir con cuidado para que no descarrile la sonería al ponerle en hora. ¡Si lográsemos que la mesilla de noche como se traga el revólver se tragase el despertador!»

—::—

El humorista padecía la manía de silbar, la más horrible de las monomanías aunque la más típica es la de subirse a los árboles.

El día que había silbado se sentía completamente vacío. Es que se le iba el alma del día, las reservas men-

tales para veinticuatro horas sólo con silbar.

Fué a ver a un alienista, a uno de esos doctores que parecen haberse tragado un loco. El alienista no supo qué hacer con él y sólo se le ocurrió ponerle un tapón en la boca, es decir, que estuviese todo el día como se hace con los niños, con un chupón en la boca.

«Eso no es cómodo», pensó el humorista al salir de la consulta, y se dirigió al doctor que tiene fama de chiflado entre los profesionales.

—Hay que guiar y repeler esos silbidos... Tiene usted que aprender a tocar la flauta... Sólo así se le volverá armonía para el cerebro ese deseo insano de silbar.

Por eso el humorista es un perfecto tocador de flauta que alegra los jardines de la noche con su maravillosa flautina de cincuenta registros.

—::—

Pero el terror del humorista era su tía Josefina. Aquella señora que era como una escultura en jabón blanco, al encontrarsele fuese donde fuese le plantaba los más sonoros besos del mundo.

Eran más que besos comunes, de los besos llamados ósculos.

Eran rápidos, atajantes, como los disparos de pistola hechos a boca-jarro. Le plantaba dos ósculos y le dejaba pintado por ellos como un clown.

—Tú serás siempre para mí Titito... El pequeño Titito.

Tía Josefina le había osculizado en una estación, en la escalera del Correo central — todos los que subían la amplia escalera a aquella hora añadieron una posdata a sus cartas, diciendo lo que habían visto — y hasta en los toros, ósculo inolvidable porque todo el tendido lo coreó con grandes ¡Oles!

Ramon Gomez de la Serna

Madrid, Setiembre de 1925.